Escaparate de libros

LIBROS ESPAÑOLES

JUAN CHABAS: *Sin velas, desvelada.* (Gili, Barcelona.)

§ 1. *Sin* (del latín sine), prep. separat. y negat., que denota carencia o falta. Tanto da lo hueco: las trágicas simas de lo eterno para formar el eco de lo que es; "¿de lo que es?", pregunta el estilo joven, "¿será lo que es lo que nosotros creemos que no es?", "¿será lo que nosotros creemos que no es lo que es?". Y el etc.... llevo otro etc... Vueltas del Tío vivo, siempre en la feria; hay quien para serenarse decide pagar contiramente diez céntimos y marearse. § 2. Fuera de o además de ¿de? ¿Del arte nuevo? Comprended: ¡el arte nuevo! ¿No comprendéis? Bueno, un juego de ajedrez. ¿Tampoco? Dejar al lector el cuidado de su fantasía (pastor al estilo de...) por los planos cóncavos lanzados por el novelista. Es decir: defendidas las palabras por piezas lejanas (blanco y negro tablado de ajedrez) y, a veces, inapercibidas para el enemigo. Y también esa gracia, un poco almidonada (las camisas planchadas ya no están de moda sino con el frac), del estilo clasicizante, del cual, para quien haya

JUAN CHABAS
por C. PRIETO

tenido la suerte de escucharle ya se fugó J. C. ("Tal como yo le estaba a ustedes diciendo, él la vió y la miró". "¿La miró dice usted?" "Sí, miró". "¿Yué?". "Pues, nada". "¿Cómo que nada?" "Hombre, naturalmente, ¡algo!" "Pero, ¿usted le miró bien? ¿No advirtió ese aire, ese indiscutible aire de familia?" "Sí, sí, hay algo de lo de la familia, en cuanto a lo del aire... no sé, no sé". "Pues sí, yo sé, yo sé". "¿Cómo?". "¿Joyce?". "No, hombre, no; yo sé, yo sé, no interprete usted mal". "Perdone, soy algo duro de oído".)

§ 3. Cuando se junta con el infinitivo del verbo, vale lo mismo que no con su participio y gerundio. Verbigracia: "Me fuí sin amar, ¡ay, Josefa!, es decir, sin haber amado".

Vela (de velar, del latín, *vigilare*, y también del latín velo pl. de *velum*) f. (todas las palabras del título son femeninas, menos el empezar; ¿el empezar, no es siempre neutro? También todos los personajes tienen algo femenino ¡tan buenos!). Vela, ¡vela al aire!, barroca, adiciones de cera de colorines, de esas que venden en las confiterías Acción de velar. Tiempo que se vela—frente al mar, bajo el pino, inmortales. § 3. Asistencia por horas o turno delante del Santísimo Sacramento. § 4. No. § 5. Abranse gozosas las palabras. ¡Vuelen los pinos! ¡Vístase de nuevo América! ¡Tome usted el tranvía en Amberes! Compre diez céntimos de liga antituberculosa. ¡La quinta metamorfosis, señor, la quinta metamorfosis de vela, que dice! Viaje o peregrinación, especialmente la que se hace por devoción a un santuario. ¡Y tú peregrino sin saberlo J. C.! (La señora gordinflona se santigua. "¡Qué cosas pasan en la vida, Dios mío!") Vienen corriendo. § 6. ¡Centinela alerta! § 7. La esperma de ballena. § 8. No dormir. Todos traen su velita y alumbran los umbrales de la novela de J. C. ¡Poco a poco iremos viendo más claro, amanecer verdadero, sin sol, llave inglesa para penetrar en todos ellos! "Atrás, atrás", gritan las barcas, llevando en el mar sus velas como estandartes; abramos paso a las velas del mar, encendidas por el sol, sacristán rubicundo, cada mañana. Procesión: vela bastarda, vela cangrejo, vela cuadra, vela de abanico, vela de cruz, de cuchillo, encapillada (¡cuántas veces, sin querer, van citadas las iglesias? Las cruces, los cruceros ¡ay!, ¿porqué no cazatorpederos?), vela latina. (De cada vela parten infinitos caminos, quizá de ninguna tantos como de esta vela latina, fipguraos: Juan Chabás Denia, Italia, Mediterráneo, la supremacía del futbol latino.) Y aún: Vela mayor, vela tarquina. Y luego: alzar velas, y a toda vela. ¡Ay, Teresa, cómo te entregabas a ti misma a toda vela, después de coger o tenderlas! ¿Veis, fugaz, el perfil de la novela, no a través, sino formado por las velas? ¿No? Esperad, descansemos. Llamita viene, llamita que va.

El prefijo latín, comma, y esto del griego (κόμμα) y J. C. atornillado por el título de J. C. son todas latinas, y [illegible] latinamente, griega. ¿Vais viendo?)

§ 3. Cada una de las cinco partes en que se divide el tono. Y el mundo, Señor, y el mundo también. Porqué coma también es agonía (del griego κόμμα corte, parte de un período). (Las mar, ¡ay sus ojos!, frente a él, en su pino, para toda la vida, viéndose en su espejo, aquí o enfrente, Denia y Génova, del otro lado, está en fotogénica postura de Prometeo, tal como le está retratando un pintor desconocido, que se firmará: Dante Gabriel Rosetti.

Desvelada. No está en el diccionario.—*Max Aub.*

ALBERT LONDRES y GONZALO DE REPARAZ: *China en ascuas.*—Editorial Mentora, Barcelona.

En la fragua lejana de la China actual, las ascuas de vivo rojo ponen resplandores intensos en todas las paredes del mundo. Tal vez estemos, nosotros, demasiado hundidos, demasiado ocultos en el parapeto occidental, para que pueda preocuparnos el calor del fuego. Pero si el calor no nos alcanza, el resplandor sí. Al atardecer, el hombre que pasa por la puerta de la herrería pueblerina—laboriosa de ruidos en el yunque—no puede evitar una mirada curiosa hacia las paredes resplandecientes de fuego, donde las siluetas de los labradores ponen movibles frisos de sombra.

Así, por mucha que sea nuestra lejanía, no es posible evitar que la mirada—transeúnte por las calles de los acontecimientos—no se quede perdida de curiosidad en el resplandor bélico de China. Y después de la retención, la explicación. Primero la decisión de atravesar el umbral. Y en seguida, la exigencia del detalle. Este libro que la Editorial Mentora ha publicado cumple bien su cometido: Nos lleva y nos coloca de China, después de una amplia lección de significados.

Albert Londres tiene vivacidad de buen periodista. No se acerca a las ascuas, ni se quema con ellas, por tanto. Pero no es preciso. Porque el buen periodista no tiene necesidad de ahondar, sino de abarcar. Albert Londres, con un estilo bastante moderno en la concisión y en el humor, describe el panorama revolucionario de China. Sin incisiones de aguafuerte. Más bien con amabilidades risueñas de caricatura. Claramente se ve que su instrumento de trabajo es el lápiz, agudo, pero blando, del buen periodista.

El libro, por esto, no quedaría completo sin el extenso epílogo de D. Gonzalo de Reparaz, lleno de sabio aleccionamiento. Nivela, después de todo, el peso ligero del contenido periodístico de la obra de Albert Londres. Si ésta es panorámica, el trabajo de Reparaz es hondo. Profundiza en los problemas geográficos y políticos de China. Y da un resumen informador de la situación de la lucha.

Puede decirse que Albert Londres se entretiene en dibujar siluetas en el resplandor. Pero Reparaz es el que verdaderamente escarba en las rojas ascuas de China.—*Ar.*

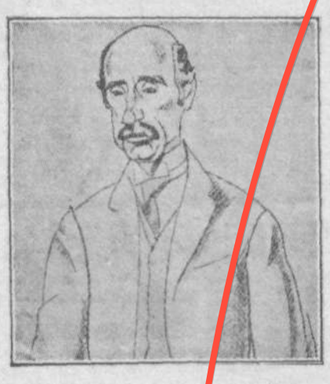
JUAN GUIXE: *Sensibilidad española* (epistolario).—Madrid.

Guixé no tiene para trabajar sus ideas la complicación de un laboratorio—aposento de pensadores—. Esto nada significa en cuanto a valor, pero sí en cuanto a situación. Y conviene, casi siempre, adelantar el detalle hasta el proscenio, porque toda lína de situación marca niveles, es decir, datos de referencias para la crítica.. Guixé es un buen periodista y, por consiguiente, su campo de acción está, no en las altas esferas abstractas, sino en la cercanía contundente de la realidad. Acostumbrado a vislumbrar los problemas desde la ventana baja del periódico, su libro está también enfocado desde este nivel preciso de cotidiana turbación.

Frente al coro—himno y bandera—de los regocijados optimistas, su voz tiene amarguras de negaciones. Sigue la tradición ilustre de Larra, de Ganivet, del 98. No está mal la disconformidad. No está mal, sobre todo—siguiendo a d'Ors—, como contrapeso a la masa bullanguera de los conformistas. Frente al excesivo dulzor, siempre conviene un poco de acidez.

Pero ambas posiciones extremas son un poco tristes. Aplaudir siempre o censurar siempre. Colectividad o individualidad. Hay que evadirse de ellas. Hay que ser—ahora: hoy—nacionalista. Más el amor que la censura. Más el perdón que el castigo. Para construir es necesario tener una base de afianzamiento. Sobre esta realidad afirmativa del nacionalismo podemos levantar un edificio de censuras. Pero sin ella, no es posible el equilibrio, porque sin la cooperación de la base sólida la construcción se desplomaría.

Guixé, a pesar de su extremismo, es certero muchas veces. Juzga los problemas raciales de España con sagacidad, con precisión. Y tiene sobre ellos el hábil adiestramiento del hombre que de continuo pulsa las inquietudes desde la plaza popular del periódico. "Es—dice él mismo, refiriéndose al epistolario—un conjunto de reflexiones juveniles entre amigos durante una



JOSÉ M.ª SALAVERRÍA
autor de "INSTANTES"
libro de gran éxito y comentario

crisis espiritual frecuente en españoles mozos, después de su primera salida por Europa". Seguramente los mozos de ahora, a su regreso del extranjero, razonan de otro modo. No más agudo que el de Guixé, pero sí un poco más nacionalista.—*Ar.*

ECHEGARAY EN INGLES

En Madrid, donde sobran tantos faranduleros que no saben su oficio y tantos aficionados que trabajan sin afición, se echa de menos un teatro íntimo, semiprofesional, con fines puramente artísticos y sin vistas al negocio. Todas las ciudades de los Estados Unidos tienen su *little theater*. Baltimore, "la aldea más grande del mundo", cuenta con tres o cuatro que funcionan regularmente de Octubre a Junio. Durante la temporada se representan varias obras clásicas y extranjeras. El repertorio anual constituye a veces un verdadero curso ilustrado de arte dramático contemporáneo. Los actores, músicos y escenógrafos no cobran nada, pero los espectadores, abonados en su mayoría, pagan lo suficiente para cubrir gastos. Las obras se sostienen en el cartel de una a dos semanas.

The Playshop, cuyo director, Mr. Uhler, invitó este invierno a Copeau y Evreinow, y *The Vagabonds*, otro de los más frecuentados teatrillos, han puesto en escena recientemente algunas comedias españolas. *The Playshop* escogió *El gran Galeote*, como una de las obras más representativas de nuestro teatro moderno. La elección es, por lo menos, discutible. Echegaray, considerado aquí como discípulo de Ibsen, resulta, aun en la tradición inglesa, truculento, exagerado, inverosímil. Los personajes son falsos, las situaciones forzadísimas. Sin embargo, la aversión que sentimos por el teatro de D. José comienza a disminuir a medida que el tiempo nos va alejando de él. Ya empezamos a perdonarle los ripios y a hacerle ciertas concesiones. Echegaray, al menos, no padecía de anemia, como los dramaturgos de hoy. Bien decía él que en el teatro todo triunfa, menos la timidez.

Para los espectadores baltimorienses *El gran Galeoto* era casi una novedad, y creo que lo hoy. La audacia que tuvo le sostiene aún. Bien aplaudieron, porque los gritos, maldiciones, desafíos y desplantes concuerdan muy bien con la idea, falsa o no falsa, que aquí tienen de nosotros. La obra, por supuesto, fué completamente refundida, suprimiendo el prólogo y abreviando los monólogos y los apartes de los tres actos siguientes. Sólo así, y anunciándola como melodrama, ha podido pasarla este público. Los críticos de los periódicos, que conocen nuestra literatura sólo por malas referencias, censuraron burlonamente los floripondios del diálogo, y eso que en la traducción se tuvo cuidado de rebajar un poco el tono. Uno se queja de que los cómicos cuentan lo que pasa entre bastidores con parrafadas altisonantes. "Se supone—dice otro de los zoilos—que éste es uno de los más altos ejemplos del teatro español contemporáneo. Bueno es saber que hay comedias españolas peores." El público, en cambio, aplaude, y no sólo por cumplido. Verdad es que la representación no se le puede poner un pero. *J. Robles Pazos.*

RAMON CABANILLAS: *A rosa de cen follas*

El poeta de la raza acaba de publicar un libro de versos intolerable. Se trata de poesía sensiblera, fácil, *afeminada*. Todo el mundo sabe muy bien que la lengua gallega, con sus mimos y suavidades, es muy dada a malograr el verso inopinadamente madurado.

Como disciplina de la forma, está bien. Pero eso no basta. Y más tratándose de un poeta perfectamente antiguo. Eugenio Montes llamó a Cabanillas el *último precursor*. Y es verdad. La estructura de sus versos, su sensibilidad, su misma inquietud literaria, *su manera*, en nada se diferencian de las cualidades que adornaban la poesía de Curros Enríquez o de Rosalía.

Ramón Cabanillas jamás se apartó de su tradición literaria. Por eso algunas veces su pureza de artista se trocó en honradez de artesano, y su originalidad anduvo vacilando en tópicos más o menos desusados.

Es un poeta. Un poeta. Pero [illegible] llo de su alcurnia se le toler[illegible]bles. Esta es la razón por [illegible] bli-car un libro como "A rosa de cen follas". Porque si en el punto de su exaltación hubiera, por parte del público y de la crítica gallegos, serenidad, al lado de "Vento Mareiro" no podría figurar "A rosa de cen follas", libro con todos los defectos de la lírica de su género, desprestigiada en absoluto.

El título es un verso de Rosalía. Y todo en el libro es así. Paráfrasis de una poesía hermosa en su tiempo y admirable en las antologías. Es un libro romántico, de decadencia. Es un libro para las mujeres; pero para unas mujeres que si existen aún, ya no leen. Este libro, cuidadosamente editado *a la portuguesa*—es un fiel remedo del gusto editorial de Eugenio de Castro—, pasará, y pasa, para los ignaros, como un libro indiscutible; para los conscientes, como un libro más.

LUGRIS FREIRE: *Ardencias.*

El caso de este poeta es magnífico. D. Manuel Lugris Freire *hace* de todo: orador, novelista, filólogo, poeta. Es un buen gallego, que él se cree que en eso consiste. Como poeta, su sensibilidad es *morriñosa*—no saudosa—; nacida y educada en el exilio de América—tópico peligroso—, la puso al servicio de la *Causa* en versos *valientes y varoniles*—flores que suelen dedicarse a esta clase de poetas.

Viejo ya, después de una vida laboriosa, con un prestigio de buen poeta, publica este libro, "Ardencias", consagrado a una falsa juventud que él, estéticamente, no siente ni sospecha.

Desconocedor de la matemática del arte nuevo, ensaya en este libro rimas energéticas con una factura falsa y una absoluta ausencia y desconocimiento de los aforismos de la lírica de vanguardia. Además, carece de sinceridad. Y de emoción. Es un libro de versos sin arquitectura, prosaico y pretencioso. Lugris Freire anda no leyendo sus versos modernos—osadía azorinesca—por los Ateneos y casinos galaicos. Siempre, lejos de toda sinceridad, con la pretensión, literariamente ridícula, de aproximarse a la nueva generación gallega, un poco—nada más que un poco—mejor orientada que él, y, por lo menos, sobreavisada de posturas difíciles y absurdos.

Se ha puesto a la venta la admirable novela

ROSTROS EN LA NIEBLA

de

JOSE FRANCÉS

He aquí un libro llamado a tener el grán éxito que merece, su amenidad, su interés y su emoción enorme.

" ROSTROS EN LA NIEBLA "

es una de las más bellas novelas del autor de tantas obras admirables.

Precio: 5 pesetas

EDITORIAL SIGLO XX, S. en C.

Apartado 8.036

Rodríguez San Pedro, 26

MADRID

Pero el libro es bueno, en medio de todo. Es tolerable. Se lee, y agrada. Porque en Lugris Freire, si no hay sensibilidad, hay buena intención. "Ardencias" tiene poemas recomendables.

RAFAEL DIESTE: *A fiestra valdeira.*

Rafael Dieste es la promesa más agradable de la nueva Galicia. Se presentó en el mundo de las letras con un libro de cuentos formidables—"Dos arquivos do trasno"—, y ahora, con esta comedia *de remate ledo, en tres lances, o terceiro cun respiro*, se nos manifiesta como un valor efectivo y robusto.

Sin embargo, "A fiestra valdeira" no es una obra del otro mundo. Es un capricho. Como cosa de teatro, es mala, muy mala. No la salvan ni los *trucos*, ni su *remate ledo*—tercer acto magnífico y de contrasentidos insospechados—, de su pecado original, como si dijéramos: preocupación de escribir para el teatro sin hacer teatro.

Fuera de su estilo—teatro para leer—impecable, "A fiestra valdeira" no tiene otro mérito que merezca nuestra consideración. Los lectores de LA GACETA LITERARIA no comprenderán entonces este aplauso entusiasta que tributamos a una obra mediana. Y la razón es sencilla. Porque, al lado del *teatro gallego* que se hacía—y aún se hace—por unos cuantos señores sin sentido común, "A fiestra valdeira" representa un avance gigantesco.

Ahora bien, "A fiestra valdeira", que no debe representarse, dentro de un par de años dejará también de ser leída. Es una pieza que nació sin una razón de su existencia. Efectivamente: en ella sólo quiere el autor conseguir giros y estructuras idiomáticas.

A fiestra valdeira", es una obra muy digna de su autor, con todos sus defectos; y un indicador fiel del actual estado de la literatura gallega.

La edición, elegante, y con ciertos resabios de novedad. Es una obra que *debe* leerse.—*Augusto María Casas.*

LIBROS AMERICANOS

ALBERTO HIDALGO: *Los sapos y otras personas.* (Sociedad de publicaciones El Inca. Buenos Aires, 1927.)

En una de las primeras páginas, antes de comenzar el texto, en el lugar donde habitualmente el autor inscribe, con orgullo inalienable de propietario (¡!) su "copyright", aquí, en este libro, nos encontramos con las siguientes palabras: "La propiedad es un robo. No se ha hecho el depósito legal". Aunque hubiéramos abierto este volumen tomándolo de un montón entre varios, sin reparar previamente en el nombre del autor, sólo ese detalle, ese humorístico rasgo de comunismo literario, nos hubiese permitido ya intuir su procedencia. Hubiéramos identificado a Alberto Hidalgo, por ese "boutade", caso—por otra parte—de no reconocer su rostro descompuesto en prismas de ortodoxo cubismo: retrato por Pettoruti que orna la misma página.

Pues Hidalgo es un escritor muy dado a tales gestos llamativos, a las "boutades" irreverentes, a las estridencias llamativas. En ellas radica—parcialmente—su fuerza y también su debilidad. Poeta, polemista y hoy cuentista, Alberto Hidalgo ha mezclado siempre a esas cualidades detonantes una dosis—mayor, y eso le salva—de talento real: riqueza imaginativa e ímpetu verbal. Las objeciones que, en otras ocasiones, hube de hacer al glosar algunos de sus libros anteriores, suponían el reconocimiento de esas cualidades positivas. Ello me adjudicaba libertad para tasar otras más bajamente. Pero, en modo alguno, envolvían falta de simpatía o menosprecio para la obra de uno de los escritores jóvenes americanos, que—a mi juicio—, llegará a poseer más definida personalidad—cuando logre asimilar totalmente ciertas influencias—; e incluso un matiz de simpático humorismo—cuando deje esta cualidad reducida a sana y vital jovialidad, abandonando arbitrariedades e insolencias de mal gusto.

"Los sapos y otras personas" nos presentan hoy a Alberto Hidalgo como cuentista. Ima-

ALBERTO HIDALGO

ginador de ficciones originales. Manipulador de resortes intelectuales, más bien que emotivos. Especulador con entes abstractos, a los que somete a un sistema de logicismos imprevistos. La realidad le preocupa muy escasamente. Sitúa sus ficciones en una nueva dimensión del espacio. Sus héroes—ya lo he insinuado—no son convecinos nuestros, son entes abstractos: los numera como avenidas neoyorquinas: se llaman el Doctor 30, el tranvía 34, la pareja amorosa 65 y 37. El camino que sigue Hidalgo para la metamorfosis, para la deshumanización de sus relatos es—como él mismo apunta—inverso al que antes se utilizaba: antes se iba de la realidad a la fantasía. "Ahora, la invención es la razón de la realidad".

Quizá Hidalgo no ande tan acertado al querer determinar prologal y honestamente por sí mismo la filiación de sus cuentos, nombrando a algunos autores favoritos.

Alude a varios cuentistas sajones, germánicos, latinos. Pero no a ninguno de los dos que a mí más me ha recordado (simple semejanza externa: análogos divertimientos intelectuales, semejante "corporeización" de ideas abstractas): al Guillaume Apollinaire de "Le poète assasiné" y al Papini de las "Buffonate".—*G. de Torre.*

3 LIBROS NUEVOS

OSCAR WILDE — SALOMÉ

H. G. WELLS — PAZ O GUERRA

R. L. STEVENSON — LA RESACA
NOVELA

ENVÍOS A REEMBOLSO

ATENEA
APARTADO 644
MADRID

Pida estos Libros a su Librero

Los Príncipes de la Literatura

Ladislao Reymont, LOS CAMPESINOS, premio Nobel de 1924. La mejor novela de ambiente rural.

Editorial Cervantes. Avenida Alfonso XIII, 382 - Barcelona

MARGINALIA

LA RESURRECCIÓN DE VALLE-INCLAN

Dentro de la habitual carestía de nuestra vida literaria, seguramente pocas temporadas tan pródigas, al menos por lo que hace a la novela, como la que está finando. Una obra maestra, y maestra entre las suyas: "El Obispo leproso", de artista tan singular como don Gabriel Miró; una novela, de novel tal como el "Marcos Villarí", de D. Bartolomé Soler, y, especialmente, la reaparición de D. Ramón del Valle-Inclán con "Tirano Banderas" y "La Corte de los Milagros": he ahí ciertamente de qué contentarse.

Se dirá, quizás, que la cosecha no es muy abundante; pero ya empezamos apuntando la relatividad—¡cuántas temporadas, en efecto, sin una sola novela digna de mención!—, y, en último término, la abundancia en arte no quiere decir cantidad, sino calidad. De manera que, aun no habiendo otras—que sí las ha habido, secundarias, y entre ellas algunas muy estimables—, bastaríanse las tres indicadas, de D. Gabriel Miró y D. Ramón del Valle-Inclán, para confirmar de pingüe la temporada.

Por lo que atañe a D. Ramón del Valle-Inclán, el acontecimiento, además, aparece revestido de caracteres verdaderamente sensacionales. Y, una vez más, son los del 98 quienes nos traen la sensación y continúan mostrándose campeones en la liza literaria. En este sentido, no cabe duda que lo más sensacional y característico de la temporada, a dos hombres del 98 se debe: al Sr. "Azorín", con su iniciación teatral, y al Sr. Valle-Inclán, con su resurrección novelística; dos acontecimientos, claro está, de signo contrario; el Sr. "Azorín", dando muestras inequívocas de sensibilidad, y el Sr. Valle-Inclán, de rejuvenecimiento.

La manifestación del Sr. "Azorín", por otra parte, nada tenía de sorprendente. Muy al contrario, entraba dentro del orden general de nuestra vitalidad artística. Obedecía a esa ley fatal del temperamento étnico, que quiso que nuestra raza fuera de fruto temprano y que nuestros hombres (con las excepciones generales a toda ley) dieran lo mejor de sí prematuramente, en un súbito brote de savia juvenil, agostándose con el mismo ímpetu y premura que florecieron, y llegando a la madurez ya mustios y mortecinos. No es del caso traer ahora la demostración del aserto, que nos obligaría a un análisis de la psiquis racional, pero recapitule el lector por su cuenta nuestra historia intelectual y verá cómo llega (con las excepciones y rigor, repito, y tan conspicuas como las de Cervantes y Goya) al mismo resultado: que a la edad en que, en los demás países, se siente el artista en el pleno juego de sus facultades mentales, capacitado más que nunca para las grandes empresas de creación, se encuentren los nuestros ya marchitos y caducos, en punto de jubilación. Nuestra generación del 98 es prueba palmaria de ello. Apenas rtaspuesta la cincuentena, hace tiempo, sin embargo, que casi todos se hallan en trance de descender la vertiente opuesta, ofreciéndonos el espectáculo, cuando no del retiro voluntario y el silencio, el más lamentable del refreírse y recomerse, en la misma cocinilla sin renuevo.

Así, la súbita veleidad dramática del señor "Azorín" no ha podido causarnos sorpresa. Su misma repentina fertilidad, en oposición a su habitual parquedad en el género novelesco, es bien sintomática. Y, en fin de cuentas, no hace sino acusar la evolución de una caducidad iniciada ya hace largo tiempo, de la que nos dieron comprobantes fehacientes libros como "Don Juan" y "Doña Inés", y tanto artículo crítico y doctrinal de "A B C". (Esto, para no decir nada de aquella vena política, en la que asoma algo más que la senilidad, cuya resultante ominosa había de ser el "comentario" al discurso del Sr. La Cierva.)

Aunque, ¡quién sabe!, acaso aún sea prematuro el dar por definitiva esta caducidad del Sr. "Azorín"; y, sobre todo, lejos de nosotros el desearla ni celebrarla. Es muy posible, y ojalá se cumpla nuestra esperanza, que el autor de tántas páginas primorosas, que, con razón, nos fueron deleite y enseñanza, y que tal huella han de dejar seguramente en nuestra literatura, logre rehacerse y pueda ofrecernos aún otras semejantes.

El caso mismo del Sr. Valle-Inclán nos inclina a ser cautos en el sentenciar. Pues, la verdad es que también el Sr. Valle-Inclán se presentaba a nuestro fervor en postura pareja a la de sus compañeros de generación, con la ventaja del apartamiento y el silencio, apenas compartida por algún otro, en lugar, como los más, de seguir dando vueltas al manubrio automáticamente (cada vez más cascada la vieja musiquita); pero, en fin de cuentas, al parecer tan agotado y concluso, que, al igual de la de aquéllos, ya podía enjuiciarse su obra como un todo cabal, al que nada hubiera de aportar el futuro.

La obra, por otra parte, de D. Ramón del Valle-Inclán, exquisita y personalísima en calidades, nunca se nos mostró especialmente frondosa y pujante en volumen. Una característica de los libros del Sr. Valle-Inclán era su brevedad, correspondiente a la condición alquitarada y refinadísima del contenido. Ya es proverbial que las esencias preciosas se encierran en pomos menudos. Así, el más extenso de sus volúmenes apenas si habría menester de una jornada de lectura. Igualmente, el radio de su acción imaginativa, tampoco aparecía muy dilatado. Pocos autores habrá habido tan adictos a sus invenciones, que más avatares y aprovechamientos les hayan hecho sufrir. Sin contar las mudanzas de título, que, con frecuencia, nos presentaban bajo seis etiquetas distintas la misma mercadería, con notorio embeleco para el consumidor, ¡cuántos no habrán sido los acomodos, refundiciones, amplificaciones y ensambladuras de ciertos temas! Aun fuera de aquellos puntualmente repetidos, advertíase también una cierta monotonía de efectos, la tirada continua de algunos clichés sensacionales, en los que apenas si se cambiaba la tinta, o, a lo sumo, algún que otro leve detalle de composición. Véanse, por ejemplo, las tres "Comedias Bárbaras", en que se reiteran hasta la saciedad unas cuantas magníficas estampas, soberbiamente buriladas y entintadas, cuyo único defecto viene a constituir precisamente aquella reiteración. Sin querer, se piensa que muy bien, y con ventaja para la impresión final, habrían podido quedar reducidas aquellas tres "Comedias Bárbaras" a una sola, la mejor lograda de ellas: el adivinable "Romance de lobos", en que, realmente, se compendian las otras dos. Esto, particularmente, se observa en la última de las compuestas: "Cara de plata", que, aunque tercera, es la primera en el curso de la acción, ya que se trata de aprovechar el personaje central, que fenece en el segundo episodio: "Romance de lobos". Secuela de los dos anteriores, "Cara de plata" no hace sino imitarlas y repetirlas, sin el menor elemento nuevo, ni otra motivación evidente que el efecto artístico alcanzado con aquéllas, efecto que la insistencia, lejos de acentuar, acaba por diluir.

Toda la obra realmente substancial de don Ramón del Valle-Inclán fué escrita entre 1895, que ve la publicación de "Femeninas", y 1910. En estos últimos quince años, durante los cuales acaba, sin embargo, de cristalizarse su gloria, el genio valle-inclanesco aparece casi inhibido, en barbecho, apenas sin más fe de vida que algunos de esos "Esperpentos" semiescénicos, muy buídos y graciosos, sin duda, pero, sin duda también, inferiores a la obra anterior. Razonablemente, hasta los que más devoción acendrábamos por la figura campeadora de D. Ramón, no nos sentíamos lo bastante en firme para contradecir a los que le relegaban al Panteón, en que aparecen ya inhumados, como Branco d'Oria en el círculo dantesco, muchos de los que aún "comen y beben y duermen" (y hasta escriben) aquí arriba. Por otra parte, y aun siendo tan grande como genuina aquella devoción, no dejaba de cohibirnos el sentimiento de que en la valoración, tanto absoluta como relativa, de D. Ramón, se pecaba quizás de aquella *existimatio* de que habla Spinoza.

Júzguese, pues, cuál no será el acontecimiento que nos revela súbitamente a D. Ramón del Valle-Inclán resurrecto y rejuvenecido, en pleno ímpetu creador, tomando, al fin, posesión legítima de su gloria, y dando a nuestra literatura, con un intervalo sólo de semanas, dos obras de las más considerables desde el XVII a estas fechas y muy superiores a las que, hasta ahora, nos donara. El acontecimiento, en verdad, asume casi caracteres de terremoto en nuestra vida artística. Y prueba concluyente—¡una más!—de la miseria de esa vida y de la ausencia total de crítica, es que todavía no hayan echado las campanas al vuelo quienes las tienen a su cargo. ¿Para cuándo, sin embargo, los repiques a Gloria, lelilíes, homenajes y apoteosis?

"Tirano Banderas" y "La Corte de los Milagros" son obras de tal importancia y magnitud, que sería impertinencia y fatuidad tratar de reseñar ni aun sus más externos perfiles en un final de artículo. Quédese el tema para otra ocasión, y limitémonos a señalar a los lectores el magnífico suceso. Tanto peor para ellos si no aprovechan la indicación.

Y la verdad es que está bien que esta virtud de resurrección y logro artístico—suponiendo males y bienes en las manos cerradas del Destino—haya tocado en suerte a D. Ramón del Valle-Inclán. Pocos, realmente, tan dignos de ella, entre cuantos cruzan nuestra pista literaria. Figura erguida y altiva, hidalga y prócer, miscelánea de patriarca y de condotiero, muchos hombres en uno, como cumple al gran artista, pero casi todos cabales y altaneros, en quienes la abundancia de merecimientos fundamentales rescata los deméritos *per accidens*; figura que ya nos recordaba en su manquedad y en otras peripecias de alma al gran manco de antaño, cuando no a su andariega criatura, y que de aquí en adelante nos lo traerá también a las mientes el mismo ejemplo excepcional de luminosa madurez y senectud fecunda; figura, cuya ardiente dignidad y señorío espiritual es una lección viva y un honor duradero para la raza y para sus hombres de letras.

RICARDO BAEZA.

Acaba de aparecer la obra del famoso escritor y espiritista Conan Doyle

EL ESPIRITISMO

(Su historia, doctrina y hechos)

Los médiums célebres y su actuación, sensacionales comunicaciones con los muertos, materialización de espíritus, formas ectoplásmicas, fotografías de espíritus, la vida del Más Allá, revelada por sus moradores, y, en general, todos los fenómenos de carácter psíquico y sobrenatural, autorizados por miles de testimonios.

Un tomo en 4.°, de 500 páginas, con ilustraciones, 15 pesetas en librerías, y en la

BIBLIOTECA NUEVA, Lista, 66.

JOHN DOS PASSOS: *Orient Express.*

Este nuevo libro de Dos Passos nos muestra al autor de *Manhattan Transfer* en traje de viaje. No es una novela; no es tampoco una guía de ferrocarriles; son las impresiones, las reacciones de un artista en el curso de un viaje a Oriente. A pesar del título, no es el exprés el medio de locomoción que emplea de referencia Dos Passos. En esto difiere de los autores franceses cosmopolitas Abel Hermant, Paul Morand o Valéry Larbaud, para quienes los trenes de lujo son indispensables en sus peregrinaciones. Dos Passos viaja en caravana, en viejas diligencias o a pie. Así fué como vió España cuando escribía *Rosinante to the road again.*

Volvemos a encontrar en *Orient Express* las cualidades habituales en el autor. El don de fijar lo infijable, de evocar el alma de los paisajes, como Azorín o Pierre Loti lo hacen. Ninguna precisión estilo Baedecker, sino las impresiones de un hombre cuyo cinco sentidos están siempre alerta. Dos Passos evita la monotonía, mezclando a su relato reflexiones literarias y psicológicas. El capítulo XII lo consagra a cantar las alabanzas de Blaise Cendrars, el autor de *L'Or.* Ve en él al verdadero vagabundo, y lo contrapone a lo que llama "escuela del Quai d'Orsay", cuya artificialidad y exotismo convencional no son de su agrado. Víctima él mismo de la manía de los viajes, nuevo mal del siglo, canta sus delicias, deplorando sus defectos. Parece un morfinómano que detesta su vicio y no puede librarse de él. Esta aspiración al reposo, a la tranquilidad; esta maldición de la vida moderna epiléptica, es uno de los aspectos más atractivos de *Orient Express.* Vuelve uno a encontrar a Dos Passos, que en *Manhattan Transfer* se inclina sobre el alma inquieta de Jimmy Herf. Entre el viajero de *Orient Express* y el pequeño Jimmy, que pasaba las horas muertas mirando maniobrar los trenes y coleccionaba dibujos de locomotoras, hay un extraño parentesco.

CONAN-DOYLE
autor de "EL ESPIRITISMO"

Ocho acuarelas, pintadas por el autor, ilustran las páginas de este volumen, fundamental para el crítico interesado en comprender la verdadera personalidad de Dos Passos.—*Maurice E. Coindreau.*

© Biblioteca Nacional de España